

# **LINGÜÍSTICA Y LITERATURA EN TORNO A LA CERÁMICA POPULAR DE LA RAMBLA**

---

J. M.<sup>a</sup> OCAÑA VERGARA  
ACADÉMICO NUMERARIO

---

Basta leer cualquier comunicación o información sobre La Rambla para que nos demos cuenta de que la alfarería ocupa un papel muy importante dentro de esta comunidad, hasta el punto de ser su actividad alfarera la que ha llegado a caracterizarla entre los pueblos cordobeses.

Entre los productos obtenidos en los más de cuarenta talleres, que han rebasado la nota típica de explotación familiar para convertirse en pequeñas industrias, debemos destacar la fabricación de botijos, porrones con diferentes formas -redondo, de farolillo, chato- botijas, jarras -de alcarraza o de cuatro picos, de mesa- dornillos, bebederos, tinajas, cántaros con piporro, y un largo etcétera que han convertido a La Rambla en un centro de excepcional importancia de la cerámica nacional.

En la actualidad, junto a la producción de los tradicionales botijos blancos con múltiples formas, está adquiriendo gran importancia la fabricación de cerámica pintada con fondo blanco o amarillo, y decorada con vistosos motivos florales, vidriándose con minio de plomo o estaño. Los productos así obtenidos han sabido conservar las formas tradicionales: jarras de agua, botijos, fuentes, etc, pero también se están creando nuevas modalidades industriales que los alfareros rambleños han sabido comercializar con notable éxito, como ceniceros, floreros, juegos de tocador y otros objetos de utilidad poética y de regalo.

Francisco Solano Márquez, en el libro "Pueblos cordobeses de la A a la Z", lanza un claro reclamo publicitario y turístico que encierra en el siguiente slogan: "Visite La Rambla, capital de la alfarería blanca". Y es bien cierto. La materia prima, el barro abundante y de gran calidad, se encuentra enriquecido por la presencia de partículas de hierro que, al fundirse durante la cocción, dejan minúsculos huecos en los típicos cacharros rambleños que son los poros o cámaras de aire para la ventilación. Una ventilación refrescante exaltada en las más diversas manifestaciones artísticas, literarias y pictóricas, como tendremos oportunidad de exponer en nuestro estudio.

El "botijo", como producto tradicional de la alfarería rambleña, mereció la máxima atención del equipo integrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Granada bajo la dirección de Manuel Alvar López, y sus colaboradores Antonio Llorente Maldonado de Guevara y Gregorio Salvador, entre otros destacados especialistas de la rama filológica.

El objetivo de este grupo era la confección del ALEA, Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía, proyecto que mereció una importante ayuda de la Fundación

March. Desde que Gillieron, en la segunda mitad del siglo XIX, iniciara el feliz proyecto de los atlas regionales franceses, el conocimiento de los distintos dialectos, manifestaciones populares y hablas rurales ha desempeñado un papel capital en el muntiforme mundo de la Geografía y Sociología Lingüística.

Aunque en el ALPI, Atlas Lingüístico de la Península Ibérica, se habían estudiado más de setenta puntos andaluces, sería el ALEA, Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía, el que marcaría el punto más alto en la investigación de las hablas populares andaluzas y sus peculiaridades semánticas y fonético-fonológicas más importantes.

Con este fin, trasladóse a esta zona cordobesa Antonio Llorente Maldonado de Guevara que realizó un exhaustivo estudio de las peculiaridades del vocablo "botijo", al que el equipo de la Facultad granadina dedicó el mapa 747, volumen III, Lámina 682, de esta importantísima obra que mereció los máximos elogios internacionales.

En el citado mapa figuran más de trescientos puntos geográficos de Andalucía donde se recogieron datos precisos sobre el nombre específico asignado a la siguiente pregunta, base de la investigación científica iniciada: "¿Cómo se llama al cacharro de barro con una boca y un pitorro con el que se bebe agua?"

El exhaustivo trabajo llevado a cabo por los numerosos especialistas esparcidos por toda la amplia región andaluza, bajo la dirección del señor Llorente, que eligió como zona básica La Rambla, dio las siguientes respuestas a la pregunta formulada: pipote, pipo, piporro, pimporro, barril, botijo, piche, pichilín, búcaro, pirulo, porrón, cachucho, jarrucho y jarro.

Hemos de destacar que en la zona de La Rambla y, en general, en casi toda la provincia cordobesa, las denominaciones fundamentales fueron "porrón", con una gran mayoría y "botijo". Ambas designaciones se extienden con un predominio casi total a la zona jiennense y comarcas sevillanas y malagueñas colindantes con la provincia de Córdoba.

El vocablo "búcaro" demina en la mayor parte de Sevilla, Málaga, Cádiz y parte de Huelva, donde alterna con "piporro", "porrón" y "botijo". Observamos un gran predominio de la palabra "pipote" en aquellas zonas de Granada y Almería, sin que las más tradicionales denominaciones de "porrón" y "botijo" desaparezcan. También sobresale en estas dos últimas provincias reseñadas la palabra "jarra".

El citado mapa, número 747 del ALEA, se enriquece con diversas denominaciones, que exponemos a continuación: picha: pitorro del botijo; piporro: botella de barro con una sola boca y con la característica especial de estar vidriada en verde; taye: búcaro alto. Estos vocablos fueron recogidos básicamente en zonas de Huelva.

En la provincia de Málaga se encontró la designación de "piluro", desconocida, casi totalmente, en el resto de Andalucía. Como prueba de este aserto, incluimos el siguiente ejemplo extraído de la obra "Nido real de gavilanes", del celebrado novelista malagueño Salvador González Anaya:

*"Sobre los magros hombros, la cabezota -el pirulo de los refranes que le llamaba don Andrés..."*

En distintas zonas granadinas es muy común el uso de porrón de cristal que llaman "porrón de mesa".

En Huelva se encuentra la variante "pichilín".

*"Quita el pichilín del sol, que se pone el agua hecha caldo".*

Se completa el mapa con los dibujos de tres variedades de botijos correspondientes a las provincias de Córdoba, Málaga y Jaén. La nota diferencial, básica, reside en la forma del asa, única en Córdoba y Jaén, pero más estrecha en aquella, y doble en la zona malacitana.

La excepcional importancia del ALEA nos permite afirmar que su estudio sobre el vocablo "botijo" ha sido el más completo realizado hasta la fecha, al haberse analizado más de trescientos puntos geográficos de la geografía andaluza.

Hemos podido constatar que el vocablo "búcaro" es el que ha merecido un estudio más completo en la prestigiosa obra de Joan Coraminas, "Diccionario crítico-etimológico de la lengua castellana".

Para el insigne filólogo catalán, "búcaro" designa la "vasija para beber; por lo común, de barro". Procede del dialecto mozárabe, que hundió sus raíces en el vocablo latino "poculum", copa.

Con gran abundancia de datos, Carolina Michaelis, de Vasconcelos probó que el vocablo castellano "búcaro" procede del portugués "púcaro", que se halla documentado desde 1375 y es muy frecuente en el siglo XVI. La primera documentación castellana está datada entre 1526 y 1539.

Hay numerosos testimonios del gran favor de que disfrutaron en Castilla y Portugal los búcaros fabricados en la zona meridional los búscaros, fabricados en la zona meridional de este país, especialmente en Extremadura y Alentejo, donde la alfarería adquirió gran desarrollo gracias a las técnicas árabe y morisca. Este dato nos permite suponer la posible influencia de la alfarería rambleña en toda la zona occidental andaluza y meridional lusitana, pues, como afirma Serrano Rico ésta se desarrolló activamente desde los tiempos más lejanos, siendo los árabes rambleños los que se la transmitieron a sus sucesores los nuevos pobladores cristianos, que contarían con un fuerte contingente mosrisco hasta la etapa de su expulsión.

Es errónea la afirmación de que el "búcaro" procedió de América, pues además de que en Portugal se halla en los siglos XIV y XV, ningún cronista de Indias dice que "búcaro" sea palabra americana.

Joan Coraminas se extiende en el análisis de la citada palabra, explicando su paso al italiano "buchero, y el empleo en diversas obras de Salas Babardillo, Lope de Vega y Pedro Antonio de Alarcón.

La palabra "botijo", del bajo latín "butticula", que a su vez procede de "buttis", tonel, aparece en castellano, junto con la variante "botejo", en 1589. Para Antonio Alcalá Venceslada, autor del monumental "Vocabulario andaluz", la forma femenina "botija" designa la vasija de barro aplastada por los lados y por uno casi plana para que pueda acomodarse al aparejo de la caballería. Con tal sentido, pero en su plano netamente metafórico y humorístico, aparece en la obra de Pedro Muñoz Seca "El Ex..." cuando un coro de zagales, provistos de latones y piedras, cantan alborozadamente:

*Perico Lebrija  
cara de "botija"...*

"Porrón", procede, quizás, del árabe "burum", cántaro. Con este vocablo se designa la vasija de barro de vientre abultado para agua. También la redoma de vidrio, muy usada en algunas provincias para beber vino a chorro por el largo pitón que tiene en la panza.

Entre sus derivaciones podemos citar "porráceo" y "porrada" que en el asturiano antiguo significaba "gaspacho".

Este vocablo pasó al francés y al portugués. Para Oudin, designaba el "vaisseau de terre", es decir, el vaso de tierra. Courinié manifiesta que era una especie de calabaza para tener el vino. En el portugués dialectal, servía para nombrar el vaso de barro que guardaba la manteca de puerco.

Alcalá Venceslada afirma que búcaro, botijo y porrón alternan promiscuamente en toda la zona sevillana. Aduce el siguiente ejemplo de la obra "Las Aguilas", de J. López Pinillos, Madrid, 1911, página 165:

- *“Las onse. ¿Te vas a afeitar?  
- Bien. Trae el búcaro.  
Le alargó el botijo “Piesdeliebre”, se enjuagó la boca con agua  
fresca, encendió un pitillo...”*

El citado autor del diccionario popular “Vocabulario andaluz” manifiesta que los vocablos “pipo”, “pipote”, “piporro” y “pipoto” se utilizan mucho en la provincia de Granada, como sinónimos de “botijo”.

Expone diversos ejemplos:

*“Llenó el pipo de agua y lo puso al fresco”.  
“Le dio con el pie al pipote y lo derramó”.*

En la obra “Abanicos y panderetas”, de los Hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, encontramos la siguiente expresión:

*“Pepa - ¡Ay, yo voy seca! ¡Miste que romperse el piporro!”.*

De la obra “Padre Cobos” es esta cuarteta:

*“Vaya con Dio el bribonazo  
ministro de la gandiga,  
pipoto con pies y manos  
con pantalón y levita...”.*

Es innegable que junto a los tradicionales botijos, otros productos han adquirido notable proyección dentro de la cerámica rambleña que se esfuerza en aumentar las variedades para una mayor expresión comercial. Destaquemos los conocidísimos cántaros, entre cuyas modalidades debemos citar destacar el denominado “boquino”, es decir, el que tiene la boca desportillada.

Recogemos varias curiosas referencias:

*“...y entre la gracia natural, que tiene mucha, y la que, rodando como  
“Marín boquino”, se le pegó de las compañas...” (F. Rodríguez  
Marín. “Cincuenta cuentos anecdóticos”).*

De la obra “Cafe de Chinitas”, de José Carlos Luna, entresacamos estas dos quintillas, en las que aflora el más castizo sentido popular:

*“Pon dos chulés en la fló  
del fondo de ese lebríyo.  
Coge con la mano izquierda  
er cantariyo boquino.  
Echale el agua y escupe...”.*

*“... dos peones camineros  
que te rindan pleitesía  
fumando bajo el almendro,  
junto al cántaro boquino  
y las alforjas de lienzo”.*

Si nos hemos extendido en el análisis lingüístico del vocablo “búcaro” y sus distintas denominaciones andaluzas, ha sido por destacar la excepcional importancia que encierran los estudios llevados a cabo por el ALEA y por Antonio Alcalá Venceslada, cuyo “Vocabulario andaluz”, ha sido por la piedra básica para posteriores y definitivos ensayos lexicográficos.

A continuación, queremos subrayar diversas composiciones lírico-narrativas en las que se exalta la alta calidad del botijo rambleño.

En primer lugar, transcribimos el soneto inserto en la popular zarzuela “Agua, azucarillos y aguardiente”, de Federico Chueca:

*Desprecio del Japón o de la China  
el granadino Tibor de porcelana,  
el vaso etrusco, el ánfora romana  
y la tinaja griega demasquina.  
Te canto a ti, que el agua cristalina  
sabes frogorizar sin pompa vana  
expuesto en el balcón o la ventana  
a los besos del aura vespertina.  
Cuando mi boca en ti, bello cacharro,  
busca ardorosa el abundante chorro  
y con mis manos cálidas te agarro,  
siempre encuentro propicio en mi socorro  
el caudal que refrescas en tu barro  
y que brota sutil por tu piporro.*

El poeta ha sabido establecer un bello y armónico parangón entre el humilde y popular botijo rambleño y las más aristocráticas manifestaciones de las cerámicas orientales y clásicas greco-romanas. Aquél convierte el agua cristalina en deliciosa bebida refrescante capaz de sofocar los cálidos calores de las deidades del Partenón griego.

El soneto de “Agua, azucarillos y aguardiente”, a través de su catorce grupos melódicos, encierra una bellísima exaltación del botijo rambleño que queda personificado merced a sugerentes metáforas y prosopopeyas de alta calidad estética. Sin duda, una de las más dedicadas evocaciones líricas relativas al bello cacharro que refresca en su barro el agua mejor que los más modernos aparatos frigoríficos.

Antonia Ortiz es la autora del poema titulado “Al botijo rambleño”, dedicado con cariño a los alfareros de La Rambla. La composición consta de cuatro estrofas irregulares octosilábicas que contribuyen apasionadamente a destacar la calidad del porrón, pieza consustancial con la vida y costumbres locales.

En la primera estrofa, se destaca la imprescindible presencia del botijo al acercarse los cálidos meses veraniegos, como pieza de valor esencial entre las bellas flores que adornan el clásico patio cordobés:

*Cuando se acercan los meses  
del caluroso verano,  
tú eres, querido botijo,  
lo primero que preparo.  
Entre las flores y el pozo  
de mi patio engalanado  
siempre disfrutas del sitio  
preferido y señalado.*

En la última estrofa, la autora destaca el valor ancestral del botijo, querido

entrañablemente por todos sus ascendientes, y el cariño con que ella ha sabido inculcar esta afecto a sus nietecitos:

*¡Ay, mi botijo rambleño!  
Tan fresca como tu agua  
en el mundo no lo hay.  
Mi abuela su bisabuela;  
mis nietos desde chiquitos  
aprendieron a beber  
en un botijo pequeño  
que a todos les regalé.*

Las referencias literarias a los productos tracionales de la cerámica y la alfarería rambleña están patentes en numerosas obras de Góngora, Lope de Vega, Guillén de Segovia, Salas Barbadillo y Pedro Antonio de Alarcón, que no escatiman sus elogios al típico porrón o botijo.

Miguel Hernández, en su obra "Perito en lunas", dedica las décimas 27 y 28 a exaltar la alfarería nacional, que encierra manifestaciones de altísimo valor artístico.

Si anteriormente hemos expuesto algunas muestras líricas relativas al botijo rambleño, queremos detenernos ahora en varios textos en prosa en los que se elogian la magnificencia de la villa de La Rambla y la calidad de sus productos tradicionales.

Juan Bernier Luque, en su obra "Córdoba tierra nuestra", destaca la importancia histórica de La Rambla del Siglo de Oro, que mereció llevar el título de "Un grueso lugar de la tierra de Córdoba", como la llamara el cronista de Enrique IV, Diego Enríquez del Castillo. Según el celebrado poeta de "Cántico", en los cinco siglos posteriores a esta mención, recogida en pleno siglo XV, La Rambla encabezaba la categoría de los pueblos cordobeses, en unión de Castro del Río, Montilla y Santaella, por su crecimiento demográfico, agricultura floreciente, artesanía y comercio que alcanzaron un notable desarrollo provincial.

Tras exaltar sus bellos patios floreados, sus salas y salones adornados con bellísimas y artísticos muebles, Bernier celebra "esa Rambla de vieja estampa, la dieciochesca villa blanca y señorial, en la tierra alba de la freca arcilla, que contrasta con la sombría frescura de sus calles, donde cada portal es invitación a un paraíso".

Será un novelista malagueño, Salvador González Anaya, enamorado de todo lo cordobés como lo demostró al legarnos "Los naranjos de la Mezquita", una de las mejores creaciones narrativas sobre la ciudad cordobesa, el que citará repetidas veces en su obra "Nido de cigüeñas" la calidad y frescura del botijo rambleño.

Salvador González Anaya, animado por su íntimo amigo don Carlos Valverde López, el eximio escritor y periodista prieguense, pasó una temporada en Córdoba para conocer "in situ" los detalles más importantes de su narración localizada en nuestra provincia. Entabló una sincera amistad con don Rafael Castejón y Martínez de Arizala que le fue descubriendo la profunda esencia senequista del cordobés, lo que motivo una curiosísima anécdota. El escritor malagueño designaba básicamente con el vocablo "botijo" al tren que durante la época estival llevaba a numerosos cordobeses a disfrutar de las famosas playas de la incipiente Costa del Sol.

Tan efectiva fue la atracción que ejerció en González Anaya el tradicional botijo rambleño que desde entonces lo hizo aparecer en diversas narraciones como elemento básico para refrescarse del intensísimo calor estival.

"Nido de cigüeñas" está localizada en Alazores, escenario ideal, según confesión del autor: "No investiguéis, lectores míos -nos dirá- que el pueblo de mi libro no existe, es una ficción del poeta". Sin embargo, su proximidad ideal a Ecija y Córdoba nos invita a situarlo, imaginativamente, en la encrucijada de las dos provincias, donde

el Genil contorna y baña los campos de Córdoba y Sevilla. Desde algunas torres de sus iglesias y desde los jardines de las orillas se ven los olivos de Córdoba. Estos motivos nos inclinan positivamente a pensar que González Anaya quiso destacar la frescura del agua del botijo rambleño en los calurosos días del verano andaluz. No olvidemos que el novelista malagueño compuso "Nido de cigüeñas" cuando ya había conocido su alta calidad a través de las conversaciones mantenidas con don Carlos Valverde López y don Rafael Castejón y Martínez de Arizala.

En el capítulo XVI, "Los embajadores del estío", encontramos la siguiente alusión al botijo rambleño:

"Con el calor que se echa encima han aparecido las moscas. Y por la noche, los mosquitos, con sus alígeros violines. Y la tabarra y los grillos -y las que no son grillos y lo parecen- hasta debajo de las camas. Hemos velado los espejos con pedazos de tarlatana y enfundóse la sillería. Tenemos comedor de verano: una habitación espaciosa con dos ventanas al jardín. Se han quitado los vidrios a la cancela. El toldo se corre de día y se replega por la tarde, después de la puesta, del sol. La clásica talla de barro y los botijos de La Rambla rezuman a la sombra de los rincones y en el vasar de la cocina. Brota el sudor en los semblantes. Se siente pereza de estío..."

La bellísima descripción nos retrotrae por la magia del novelista a un rincón típicamente sevillano o cordobés, donde juega un papel capital el botijo, presto a apaciguar la sed estival de las personas que habitan la rica mansión, cuyo patio será objeto de una cabal pintura de encendido tomo lírico.

En el capítulo XXVIII, titulado "Bochorno", de nuevo encontramos otra clara referencia al botijo como elemento dulcificador del intenso calor dominante:

"El sol no alumbra, que arde; ciega, no brilla". Este verso maravilloso del poeta excelso de "Granada" te expresará, con más justeza que cuanto yo sepa decirte, el aliento de zona tórrida que enciende las estepas de Andalucía en que Ecija, Alazores y pueblos del contorno se asientan: "Desde el hombre a la mosca, todo se enerva"; y así estoy yo, ni hombre ni mosca, con la garganta tan reseca que no hallo más consuelo que el botijo rambleño, y tengo el buche como un odre".

Salvador González Anaya supo reflejar en su novela todo el encanto del típico patio andaluz. En él descubrimos todos los elementos que configuran este reducto delicioso para los cálidos días estivales. El botijo desempeña un papel capital como remedio para calmar la sed en las horas de calor, "que dicen que es aquí como en África".

No nos resistimos a transcribir parte de este delicioso cuadro topográfico, verdadera miniatura lírica de encendidos valores estéticos:

"¡Verás que típico! Es muy amplio, de levantadas galerías formadas de arcos y columnas, con un rectángulo central, y en cada pared una puerta: la cancela de hierro que da a la calle; la de cristales de colores, por lo que se sale del jardín, y las dos laterales que dan acceso a las viviendas de verano. En el ángulo de la izquierda álzase la escalera, de colorados mazaríes y cervantescas olambrillas, con baranda de roble oscuro; y encima, un cuadro de cerámica con una Virgen de la Oliva. El suelo del patio es de mármol. A lo largo de las paredes, hasta la mitad de su altura, corre una historiada cenefa de azulejería sevillana. De los techos lisos y blancos penden cuatro faroles de opacos vidrios. Una fuentecita redonda con amarillos paramentos al estilo de Talavera, y un cerco de ramas verduscas, entrecruza altos hilos de agua que se pulverizan en el aire, y se derrama finamente sobre las hojas tiesas de las palmeritas enanas, sobre las frescas y traslúcidas de las esparragueras gigantes, y sobre los geranios de encendidos colores que orlan la taza en sus macetas barnizadas de rojo vivo. Hondos butacones de mimbre y mecedoras de rejilla brindan sus cómodos asientos. En un rincón duerme un piano. En otro, un canario de Holanda modula cristalinos arpegios. Hay un bargueño apollillado, con entalladuras barrocas, y una consola isabelina con un jarrón de porcelana cuajado de rosas bermejas. Y a la altura

de los aleros se tiende la vela plegable para las horas del calor, que dicen que es aquí como en Africa. En el suelo un bello recipiente recoge las frescas gotitas que destila un botijo de La Rambla, remedio eficaz para calmar la intensa sed estival”.

Esta bellísima hipotiposis, descripción cuajada de certeras pinceladas cromáticas, nos transporta a un delicioso rincón en el que el porrón juega un papel capital. Salvador González Anaya supo captar su eficacia, reflejada por la frescura de su agua cristalina, frialdad purísima, venero agradable que cual los odres de viejo vino conserva la pureza del rocío matinal.